

Cartas de dos Auxiliares Invisibles

Carta nº 12

Un requisito indispensable para todo aquél que pretenda una vida espiritual, es la capacidad de discernir entre lo correcto y lo incorrecto, lo justo y lo injusto, lo real y lo irreal.

Cuando empezamos a tener nuestros vehículos más purificados, formados por materia de una vibración superior, más sutil, nuestro cuerpo físico más limpio, el astral más controlado y el mental más libre y puro, y nuestros actos son buenos, con las mejores intenciones y nos vamos dando cuenta de nuestros errores para corregirlos, puede ser que estemos más sensibles a los mundos sutiles. En ese periodo de la evolución humana, en el que el aspirante empieza a despertar, a veces tenemos sensaciones especiales, nuestro cuerpo reacciona ante determinadas personas o lugares, nuestra intuición es más aguda y nuestra vista más fina. Otras veces nos parece ver cosas, notar presencias o sentimos, de repente, un miedo desbordante o una alegría que nos emociona.

Podemos encontrar una gran lección en la experiencia de un hermano, que se encontraba en ese estado de su evolución, y que pasamos a relatar:

En esta situación se encontraba un Auxiliar Invisible que, a pesar de su trabajo en los mundos internos, aún no era consciente de ello. Un día, conduciendo su coche, entró en una carretera que se internaba en el bosque y, de repente, le pareció ver una figura en la cuneta, sin rostro determinado, de gran altura y silueta humana. Como era aún de día, se dio perfecta cuenta de que no era un ser físico y siguió conduciendo, sorprendido por la claridad de la visión. Aún emocionado y bien contento, pues eso quizás quería decir que todo lo que soñaba, todo lo que sentía empezaba a tener sentido y a ser cierto, vio, algo más adelante, a otro ser, esta vez más chiquito, donde unos árboles daban un punto de sombra. A los pocos metros, en otro rincón, le pareció ver algo que no podría definir y, aún más adelante, alguna otra cosa.

En esa situación, se centró en la carretera y uso su lógica preguntándose: ¿Es que han salido todos los nomos a verme este atardecer? ¿Es que, de no ver nada más allá del físico, he pasado a ver todos los seres? ¿O es que, quizás, mi mente me está jugando una mala pasada?

Esta última opción le pareció la más acertada, pues su sentido común no le permitía engañarse de esa manera. Sabía que aún no era lo suficientemente puro para tener esa clara visión, que aún le faltaba camino para poder ver en el plano físico lo que percibía en los sueños. Es más, si aún en sueños no podía ver esas realidades, mucho menos en el plano físico, donde la luz tenía que pasar por sus ojos, un filtro no limpio del todo.

Aceptó sin dudar la primera de las visiones, y llegó a la conclusión de que todo el resto, por la forma en que se presentó, eran engaños de la mente para auto-satisfacerse, colgándose medallas que no merecía.

Esta experiencia le enseñó una lección muy valiosa: no creer en un solo sentido, sino tener presente que todo su ser debe determinar si una cosa es real o no. El discernimiento es la base de la evolución pues, si no lo usamos, nos podemos quedar embarrancados en cualquier fantasía, en la primera trampa del camino, en nuestros propios miedos o pretensiones, sin darnos cuenta de que nos hemos equivocado. Podemos perder mucho tiempo por falta de discernimiento y de atención, no sólo en cuanto a las fantasías de los demás, sino a las propias.

Tras esta experiencia, el futuro auxiliar invisible consciente fue más válido para el trabajo y, rápidamente, se le dieron más oportunidades para evolucionar y ejercitar su nueva facultad de discernir.